

EL CAOS Y LA NOCHE

NOTA

EN MIS *Textes sous une occupation*, pág. 51, escribo: «Napoleón dijo que “de todos los pueblos de Europa, los españoles eran los que menos le asqueaban”».

He querido conocer las palabras exactas de Napoleón, para hacer de ellas el lema de *El caos y la noche*, y he buscado el cuaderno manuscrito donde estaba mi nota; he encontrado esta nota entre las que tomé mientras leía el *Memorial*.

Así pues, he preguntado a dos especialistas de Napoleón, y, sobre todo, del *Memorial*, si podían proporcionarme la referencia de esta cita. Los dos me aseguran que en el *Memorial* no hay nada por el estilo.

Me cuesta creer que yo haya podido soñar semejante cita, con esas comillas que parecen garantizar su precisión: ¡sería grave! Es posible que la frase esté sacada de otra obra leída por mí al mismo tiempo que el *Memorial*.

Escribo esto tan sólo para hacer constar que hubiera querido poner esas palabras al frente del presente volumen. La libertad de tono con que mis personajes y yo hablamos en él de los españoles, es la que mis personajes y yo empleamos para hablar de todo, particularmente de los franceses. Se puede encontrar la misma libertad en mis otras novelas. No afecta en modo alguno a la profunda y cordial amistad que me une al pueblo español desde mi adolescencia, y de la que he dado tantas pruebas. Deseo subrayarlo con firmeza en la primera página de este libro.

H. M.

PREFACIO

A PRINCIPIOS de abril de 1952 desarrollé, en dos páginas de mis *Carnets*, la idea que se desprende del final del capítulo VII de esta novela, tal como lo presento hoy.

Al despertarme durante la noche del 13 al 14 de enero de 1954 –tres semanas después del estreno de *Port-Royal* en la Comédie Française–, imaginé la acción novelesca capaz de expresar esta idea. Escribí en mi *Carnet* ocho páginas que resumían este relato.

Tuve algunas dudas en el momento de dar estado civil a mi protagonista. ¿Un español residente en España? Yo no tengo el conocimiento de la sociedad española que hubiera sido necesario. ¿Español residente en Francia? Parecía entonces razonable hacer de él un refugiado político, más que un español adicto al régimen actual. Eran los sentimientos propios del exilio, y el hecho de pertenecer a un partido derrotado, los que le conducían a la concepción en torno a la cual escribía yo este libro.

Así fui llevado, de una manera completamente accidental, a intentar poner en pie a un español republicano. Una vez tomada esta decisión, encontré tentador hacer de él un «falso hombre de izquierdas», que se cree anarquista pero pertenece ante todo a ese mundo ingenuo, amargo y maravilloso de los seres eternamente al margen, que por otra parte cultivan su singularidad, es decir, su ridículo, que me parecen frecuentes en la sociedad española y cuyo patrón es Don Quijote. Me vi llevado de la misma manera a evocar aquí y allá la guerra civil española, cuando nada me preparaba a hablar de ella. El novelista es a veces como un cazador que, persiguiendo una pieza, se ve arrastrado por ella y se encuentra de pronto perdido sin saber dónde.

Esto explica hasta qué punto los sentimientos atribuidos al héroe de esta obra están inventados tan sólo por las necesidades de la obra. Es

general y comprensible la tendencia a atribuir al autor los sentimientos de sus personajes más «vivos», y en mayor medida, tratándose de una novela que se ve forzada a tocar la política, en unos tiempos en que la política tiene buenas razones para obsesionar y apasionar a los espíritus.

Por eso, al autor le es más necesario que nunca recordar lo que tantas veces ha escrito, y recordarlo con acrecentada firmeza. Un autor de ficciones pone algo de sí mismo, no en uno de sus personajes, sino en todos los de una misma obra, por muy distintos y hasta opuestos que sean. Si en un personaje principal pone algo propio, pone otro tanto contrario a sí mismo. De esta forma el autor está en el personaje, pero el personaje no es él. Repetiré una imagen que ya he empleado en varias ocasiones: Si os miráis en un recipiente de metal oscuro lleno de agua, veréis vuestra imagen casi exacta. Moved la mano en el agua, aunque sea levemente: todo se enturbia, ya no sois vosotros. Ruego al lector que tenga siempre presente esta imagen cuando recuerde las impresiones que le haya causado *El caos y la noche*.

Otra cosa: generalmente se calcula que, en 1936, había en España dos millones de anarquistas o pseudoanarquistas, sin contar los «incontrolables». Nada más verosímil que pensar que, entre esos dos millones y pico, se haya podido encontrar un Celestino; así me lo han confirmado los amigos españoles de derechas y de izquierdas a los que he hecho leer este manuscrito. Por otra parte, no he dejado de repetir que Celestino es una excepción, que se encuentra incómodo incluso dentro de su partido. Decir que en él he querido representar a toda la izquierda española sería como decir que en Coantré (de los *Célibataires*) he querido representar a todos los solteros, y en Andrée Hacquetbaut (de las *Jeunes Filles*) a todas las muchachas. Ya lo han dicho, por otra parte; al menos de la segunda. Pero eso no se tiene en pie ni un momento.

De paso quiero decir que, mientras estaba escribiendo *El Caos* –entre julio de 1961 y mayo de 1962– la idea sobre la cual termina el capítulo VII, y que había sido el germen de la obra, se había vuelto secundaria para mí, y casi anecdótica en vista de las ideas que desarrolla el final del capítulo VIII, que es también el final del libro.

Junio de 1962.

PRIMERA PARTE

I

—AL NORTE está Inglaterra, país incomprensible, y los Estados Escandinavos, países incomprensibles. Al sur está el Vaticano; la cúpula de San Pedro es el apagavelas del pensamiento occidental: en más grande, es lo mismo que la cúpula que vemos desde aquí (señaló el Sacré-Coeur de Montmartre, muy cerca, a su izquierda). Alrededor del Vaticano está Italia; Italia, son los aviones que protegieron los baluartes de Franco nada menos que en el momento en que se decidía la partida.

Se detuvo, cogió a su compañero del brazo. El otro se detuvo.

—Al oeste están los Estados Unidos. Los Estados Unidos son el cáncer del mundo. A un lado el Bien, al otro el Mal; esto es evidente. Lo aprendí con los frailes. Los Estados Unidos son el Mal. Todavía prefiero el Papa a América —concluyó, con los ojos ardientes.

—Vamos a echar un trago —dijo el más bajo de los hombres (los dos se expresaban en español, el más bajo con un fuerte acento valenciano)—. Hubiera tenido que ofrecerte algo en casa. Pero hará más fresco en la posada.

Estaban en la rue d'Orsel. Dieron la vuelta y entraron en la rue Briquet. Es un pasaje estrecho que va desde la rue d'Orsel al bulevar Rochechouart. Unos marmolillos de otra época, plantados en cada una de las salidas, están destinados aparentemente a impedir la entrada de los carruajes; sin embargo, había automóviles en esta especie de calle, que estaba desierta aquel 27 de julio, uno de los días más calurosos del sofocante verano de 1959. Por delante, la calle desembocaba en África: se veía desfilan furtivamente a los naturales de aquel continente, con algunos raros franceses de vez en cuando, sin duda cautivos y esclavos; unos negros llevaban largas palas, para enterrar los cadáveres.

Apenas habían entrado en la calle, cuando el más alto se paró de nuevo, puso la mano sobre el brazo del bajito, que se detuvo dócilmente. El alto dijo:

–Al este, está Alemania, país incomprendible...

–Está Suiza –dijo el bajito, con un aire burlón y malicioso, como si tendiera una trampa al alto. El alto no se inmutó.

–Suiza es un país muy importante, importantísimo. Es el único país civilizado donde no hay condecoraciones: un ejemplo que Suiza da al mundo. Nadie lo sabe; y, si lo supieran, no lo comprenderían, o más bien lo criticarían. ¡Pensar que hasta la URSS tiene condecoraciones!

–Porque está la URSS...

–Es muchísimo lo que debemos a la URSS. Sin embargo, todo hay que decirlo, tenemos que ser reservados.

–Más que reservados –dijo el bajito, que intentó seguir andando.

Pero el alto le arponeó el brazo, le inmovilizó y volvió a hablar:

–Tengo en el bolsillo un artículo mío sobre los Estados Unidos. Llevo por lema una frase de Trotsky: «Los Estados Unidos tienen como columnas de Hércules la vulgaridad y la estupidez»¹. Tú sabes todo lo que me separa de Trotsky; no podía soportar a los anarquistas ni a los aventureros, «esos que no expresan más que por casualidad la rebelión de las masas». Llegó incluso a hablar del «cretinismo de los anarquistas»... Y, sin embargo, fue un intelectual, un desviacionista, un perseguido y un vencido, y eso crea una especie de vínculo entre él y yo. En mi artículo, escribo con todas las letras que los Estados Unidos son «una nación sin honor». Pero voy a suprimir esa frase.

–Suponiendo que sea verdad, hay otras naciones sin honor.

–¿Quieres decir la España de hoy?

El bajito hizo un gesto vago, pero que parecía decir que no era en España en lo que estaba pensando. Como era un gesto más bien circular, se hubiera podido suponer, poniéndose en lo peor, que quizá pensaba en la Francia de hoy.

El alto quiso abrir uno de los tres periódicos que llevaba en la mano, pero con aquel movimiento los periódicos se cayeron. Al ver que se agachaba, su compañero aprovechó para reanudar la marcha, y dijo:

¹Léon Trotsky, *Leçons d'Espagne*, Éd. Les Pionniers, París, 1946.

–Me gusta esta rue Briquet. Su aspecto de callejón le da un aire un poco nuestro. Sus marmolillos se parecen a los de nuestra calle de Madrid, que es del siglo diecisiete. Y ¡mira esto!

A su izquierda, en el pasaje Briquet, todavía más estrecho, la ropa de colorines vivos, tendida en las ventanas, recordaba una ciudad mediterránea.

–¡Y la posada! Tan francesa y, sin embargo, con algo tan español. No falta más que el cartel en la pared, con el anuncio de «seis hermosos toros». ¿No notas el fresco que sale de ella? Una cueva de frescor...

Era verdad; una bocanada de aire fresco venía de un bar pequeño situado en el lado izquierdo de la calle, modesta taberna sin terraza, casi sin mobiliario, especie de cubil en el muro que hacía pensar en los nichos de los portales de algunas casas antiguas de Madrid, hechos para que la gente pueda refugiarse en ellos cuando sale o entra un carruaje.

Estaban a la puerta, de la que salía ahora un aire casi frío; no tenían más que entrar. Pero la tentación de volver a hablar fue demasiado fuerte para el hombre alto. Paró de nuevo al bajito, le retuvo por la manga...

–Los obreros y los campesinos llevaron dos veces a los republicanos al poder, en abril del treinta y uno y en febrero del treinta y seis. Las dos veces, los traidores del Frente Popular entregaron la victoria del pueblo a las serpientes de la democracia. Te he hablado de Trotsky a propósito de los Estados Unidos, pero también porque Trotsky...

El bajito dio un paso y entró en el café. El otro le siguió.

–¡La posada! –dijo el bajito–. ¡Esta oscuridad! ¡Este frío! Sus parroquianos, menos obreros que rústicos. Estamos en la otra punta del mundo. Y a diez metros, a diez metros exactamente, el bulevar tórrido con sus orgías de piojera internacional. Creo que esto, hace menos de cien años, quedaba justo al otro lado de la Barrière, que se encontraba en el bulevar Rochechouart; que ya estaba uno fuera de París. Al otro lado estaba el matadero...

–¡Ah! –dijo el alto, seducido–. ¡El matadero! No cabe duda, es la Posada de la Sangre,

En el bulevar Rochechouart, muy cerca de allí, había un punto preciso y estrecho –al fondo de la rue Saveste– desde donde el muro del Sacré-Coeur, encuadrado por la perspectiva entre los dos bloques opues-

tos de las casas de la calle, tomaba la insólita apariencia del muro circular de una plaza de toros visto desde el exterior; una plaza de toros blanca, como no existen en España, pero que el hombre alto creía recordar del sur de Francia. Solía detenerse al fondo de la rue Saveste, a mirar con emoción. Ahora, entre la plaza de toros y el emplazamiento de los mataderos, la posada merecía verdaderamente el nombre de la Sangre.

Se sentaron a una mesa y pidieron dos copas de anís.

El alto aparentaba algo menos de sesenta años; una corta barba negra, el cabello negro recortado sobre la frente, tez aceitunada, las arrugas marcadas, manojos de pelos en las orejas, el dorso de las manos negro de pelos, una mirada negra, brillante, austera. Se llamaba Celestino Marcilla, era de Madrid, refugiado en Francia desde hacía veinte años a causa de su participación activa en la guerra civil. Vivía en París desde hacía dieciocho años con su hija Pascualita, de veinte años. No hacía nada, o más bien en el capítulo siguiente veremos lo que hacía, si vivimos para contarlo.

El bajito era un personaje de unos cincuenta años, regordete, barbilampiño, un poco aceitoso; por sus gafas se veía en seguida que era un tipo inteligente. Era valenciano y también él vivía en Francia desde hacía veinte años, pero más bien por gusto; en cualquier caso, por razones menos imperiosas que Celestino Marcilla. La mujer de don Celestino había muerto al dar a luz a Pascualita. El señor Ruiz –así se llamaba el bajito– vivía con su mujer y su hija, ésta un año más joven que Pascualita; tenía un hijo que estudiaba en Lyon. El señor Ruiz trabajaba en el Mercado Central en Import-Export, especialidad plátanos, sobre el emplazamiento mismo del campo de Labienus, batalla de Lutecia, 52 antes de Cristo. Importaba también familias enteras de la región de Valencia, todas del ramo de plátanos. El señor Ruiz pensaba seriamente en abandonar los plátanos para abrir una galería de arte.

Celestino extendió los periódicos sobre la mesa. El puño derecho de su camisa, de una blancura impecable por encima, estaba ennegrecido por debajo por la tinta de imprenta de los periódicos que llevaba desde hacía varias horas.

–¡Siempre periódicos! –exclamó Ruiz–. ¡Siempre periódicos!

–Los periódicos son más importantes que las ametralladoras.

–Afortunadamente, eres un decidido adversario de la libertad de prensa.

–Los periódicos son más importantes que las ametralladoras, con la condición de que no haya libertad de prensa.

–Si al menos te pusieras al corriente por personas verdaderamente informadas...

–Las personas informadas nos repiten lo que han leído en el periódico.

–¡Y un diario de la noche, cuando tienes todavía en la mano los de la mañana!

–No se pueden comprender los diarios de la noche si no se han leído los de la mañana. Es como una novela; si te saltas un solo capítulo, estás perdido.

–¿Y qué?

–Ignorar algo que pasa, que aparece, que se transforma en nuestros días, es un pecado contra el progreso. Es demostrar que desprecias el progreso –dio una ojeada rápida al periódico–. ¡Mira! Hablan de las juntas... Ah, no; es de la juventud...

Era una costumbre suya, transformar de aquel modo las palabras según su obsesión. Una póliza de seguros se convertía en la policía, por las buenas; un mozo de tren, en un mozo de rehén; un fusil submarino en un marino fusilado; un avión de turismo en un avión de terrorismo, etcétera.

Otra ojeada a la páginas de uno de los diarios.

–Los misiles, los pluviómetros, Pakistán, los *igames*². ¡Todo, tengo que estar al corriente de todo! ¡Siempre en el puesto de escucha, siempre vigilante! Lo más difícil son las siglas, pero tengo un código y lo llevo al día.

Sacó de su cartera varias tarjetas cubiertas de mayúsculas agrupadas, que tenían al lado su significado.

–Vamos, que para ti, el periódico es algo así como un crucigrama.

–No, pero indudablemente hay que estar iniciados.

Celestino abrió un diario de la noche de gran tirada y leyó a media voz varios titulares que le hicieron exclamar:

–¡Nunca ha sido el hombre tan inteligente como ahora!

–Piensas lo mismo que Jean-Claude, el hijo de nuestra asistenta. Va al liceo Voltaire. El chico no está mal: tiene once años y todavía no ha

²Iniciales de un nuevo cargo administrativo en Francia, especie de inspectores de prefectos. (N. T.)

estrangulado a nadie. Esta misma mañana le oí decir con un tono que no admitía réplica: «El hombre es hoy más inteligente que hace cincuenta años, y hasta más que hace treinta años».

–Es exacto.

Don Celestino disertó largamente sobre la inteligencia, y con tantos gestos, que se hubiera podido pensar en esta anécdota, auténtica o falsa: Napoleón se esforzaba en mantener los dedos metidos en el chaleco, para combatir su tendencia latina a gesticular demasiado. Celestino ignoraba que un francés, que le conoció en casa de Ruiz, le había puesto por mote «la ametralladora»; tenía, efectivamente, la voz violenta, crepitante e inagotable de una ametralladora. De vez en cuando, con ayuda del calor, los párpados de Ruiz se bajaban. Al fin dijo:

–Hablas como un libro. Con el tiempo que llevas sin hacer nada, ¿por qué no has escrito todavía tu libro?

–No puedo hacer un libro porque tengo demasiadas ideas.

–Si tuvieras un oficio, no te quedaría tiempo para tener ideas. Yo trabajo, por eso no tengo más ideas que las precisas. Y además, las ideas... –bajó la voz–. Escucha, voy a decirte una cosa: el mundo está hoy gobernado por imbéciles; pero son imbéciles con ideas, es decir, imbéciles sangrientos, porque las ideas son siempre sangrientas.

–Si tú no tienes ideas, espero que al menos tendrás, en el fondo, opiniones políticas –dijo Celestino con tono severo.

–No tengo ideas políticas porque no leo los periódicos. Y hay sentimientos y hasta sensaciones... Mira: si en este momento no trajeran los periódicos grandes titulares sobre el calor, no tendríamos calor.

Ruiz posó los ojos sobre el periódico desplegado y se echó a reír.

–El Tío Sam y el Papa, en una carrera loca para que no les adelante nadie por la izquierda. ¡Y una carrera tan perdida de antemano! ¡Qué espectáculo! ¡Qué tema para una caricatura de un periódico humorístico! El mundo contemporáneo es una mezcla explosiva de lo trágico y lo grotesco. Lo trágico, ¿quién no lo ve? Lo grotesco lo ven pocas personas, sobre todo, pocas de las personas que contribuyen a crearlo. Jean-Claude cree que el hombre no ha sido nunca tan inteligente como en nuestros días, porque es una idea que debe de tener su profesor, y que el profesor ha enunciado desde la cátedra como un artículo de fe. Pero tú te has propuesto crearlo, cuando en el fondo no lo crees. Tú no crees más que en el pasado.

—¡Así que no soy sincero! ¡Cuando se me sale el cerebro por los ojos a fuerza de sinceridad!

—Es posible que tu voluntad ame el futuro, pero, en el fondo, eres del pasado; los anarquistas son siempre del pasado, porque no creen más que en la muerte.

—¡Y tú vas diciendo por ahí que los anarquistas hacen frases! Tú eres el que hace frases.

—En realidad, tú no eres ni del pasado ni del futuro; no eres tampoco un anarquista. Yo no sé lo que eres. Ni siquiera sé si eres un hombre de izquierdas. Vamos un rato a la plaza. Ya ha pasado el calor fuerte.

Subieron por la rue Briquet, y Celestino iba protestando y disertando todo el tiempo. Uno hubiera podido preguntarse cómo había autos en aquella calle, ya que los marmolillos cerraban las salidas para impedirles entrar. Ahora se veía a la gente subirse a los coches, que en seguida se elevaban en el aire perpendicularmente, como los ascensores. Los coches volvían a descender por el mismo sistema al otro lado de la rue Briquet, donde se posaban y se ponían en marcha. Era muy sencillo, pero había que pensar en ello.

En cuanto vio el Sacré-Coeur, Celestino estalló:

—El punto de vista político debe de estar determinado únicamente por esta pregunta: este acontecimiento, ¿ayuda o no a destruir el cristianismo?

—La revolución no se hizo por la cuestión religiosa; se hizo por la cuestión de la propiedad privada.

—El primer acto de la revolución hubiera tenido que ser éste: ocuparse de destruir el cristianismo. Nada de hacer las cosas a medias: una destrucción despiadada y total. Los antiguos romanos, que pasan por un pueblo limitado, son uno de los pueblos más inteligentes que ha habido, porque de todos los pueblos del mundo son los que menos han creído en sus dioses. Pero en su lucha con los cristianos se portaron como niños.

—Vosotros no sabéis más que destruir. Cuando lo hayáis destruido todo, ¿seréis ya felices?

—¡Qué pregunta! Tendremos la felicidad de haber destruido. Si las cosas hubieran salido de otro modo, yo no habría aceptado más que un puesto: el de ministro de la Destrucción de Cultos. España no es católica: en mil novecientos treinta y seis, no había un solo escritor espa-

ñol que se presentara como católico, salvo Bergamín. Ninguna nación, excepto Rusia, ha dado al ateísmo tanto como nosotros. Cuando los comunistas conquisten el poder en Francia, ante todo harán bien en volar el apagavelas (señaló la cúpula del Sacré-Coeur). Y con el edificio, ¿qué podrían hacer? Hombre... podrían hacer una piscina.

–Una piscina con peces rojos –murmuró Ruiz, bastante satisfecho de sí mismo.

Pero en el rostro de don Celestino se notaba una ineptitud bovina para comprender cualquier broma. Jamás reía ni sonreía. Cuando esbozaba una sonrisa, se le plegaba la boca de tal forma que se volvía feo –una sonrisa de plesiosaurio– mientras que su cara, cuando estaba serio, tenía cierta belleza. Si, por ejemplo, Ruiz le anunciaba excitado que Franco estaba propuesto para el Premio Nobel de la Paz, al principio se lo creía, y después, cuando Ruiz soltaba la carcajada, le lanzaba una mirada torva. Las bromas de Ruiz le confundían y le ofendían.

Entraron en la rue d’Orsel, donde vivía Ruiz. Es una callecita provinciana, simpática, a cincuenta metros del bulevar Rochechouart; hace pareja, moral y materialmente, con la avenida Trudaine, que está al sur del bulevar; pero ésta es ancha y burguesa, llena de «artistas» y «bellas» que se han apeado y han subido de los barrios dudosos, como las calles Pigalle y Clichy, para un final de vida decente.

–Si yo hubiera tenido un hijo –dijo Celestino–, y si hubiera querido hacerse cura, le habría matado.

–¿Un pitillo? –propuso Ruiz.

–No; me bastan mis convicciones.

Lo cual quería decir que en aquel momento estaba tan henchido de su pasión y de poder expresarla, que un cigarrillo no hubiera sido más que un estorbo. Cuentan que el Papa Juan XXIII, entonces nuncio, le dijo a Edouard Herriot: «En el fondo, ¿qué es lo que nos separa? ¿Nuestras ideas? Reconozca que es bien poca cosa». Este punto de vista no era el de Celestino.

Se habían metido por la plaza Willette, que don Celestino, obstinadamente, había estado llamando primero «la plaza de la Willette», y luego «la plaza de Nuestra Señora de Willette»; porque, en veinte años, no había llegado a comprender bien el francés hablado, ni a hablarlo correctamente. Lo leía sin dificultad, pero cuando lo hablaba o lo escribía, era algo indescriptible. Por eso evitaba en lo posible dirigirse a los

franceses. Si no tenía más remedio, para luchar contra el sentimiento de inferioridad que aquello le producía, se ponía a veces bruscamente a ser maleducado, cuando era por naturaleza la cortesía en persona. Decidía bruscamente no contestar una carta, llegar a una cita con veinticinco minutos de retraso sin dar excusas, o decir que le telefonasen al día siguiente de tal a tal hora, y, a propósito, no contestar la llamada. En momentos así, se sentía elevado al nivel civilizacional³, de los franceses. Pero en seguida recobraba su ser natural, y le resultaba tan penoso ser descortés, que prefería volver a sus buenos modales aun a costa de sentirse inferior a los franceses.

La plaza estaba muy lucida, a pesar de la estación. Toda en cuesta, porque sigue la pendiente de la Butte, con los arroyos que sólo corren los domingos y días festivos, la parte baja de las praderas empinadas tenía un festón de seres humanos, como esas babas que deja la ola sobre la playa. Pueblo sencillo, plácido y atildado, un poco agobiado por el calor, aunque empingorotado por la promoción social. Los dos hombres se sentaron en las sillas que bordeaban una avenida. Pasó un chino, soñando con la acupuntura; muchachas mongolas esperando la edad en que suelen morir, que son los catorce años; augustos ancianos que lamían ávidamente canutillos de helados, sacando largas lenguas y con la expresión *ad hoc*; chicas bonitas cuyo acompañante, a veces, resultaba ser un francés (un técnico). Mariposas agotadas revoloteaban bajo sobre el césped, donde los gatos estaban postrados aquí y allá, como vacas. Los niños se gritaban unos a otros; todos se llamaban Jean-Claude. Se enseñaban entre sí a poder meterse pronto los dedos en la nariz mientras conducían el coche, y a morderse las uñas mientras conducían el *scooter*. El aprendizaje iba por buen camino.

Celestino estaba a punto de sacarse del bolsillo la copia mecanográfica de su artículo contra los Estados Unidos, para dársela a Ruiz o para leerle algunos párrafos. Pero el «clima» de Ruiz no era favorable. El artículo se quedó en el bolsillo.

Un joven pálido, ojeroso, un fantasma de joven, se deslizó rápidamente delante de la gente ofreciendo un periódico. Casi sin detenerse, dijo frente a ellos:

³Ya que tenemos cultural, tan indispensable hoy día, ¿por qué no habríamos de tener civilizacional?

Henry de Montherlant

–¡Lean *Là-Haut*! ¡Periódico publicado por la voluntad de Dios!
–y pasó de largo.

Un abuelito y una abuelita estaban sentados al lado de los dos españoles. La abuelita les dijo:

–Ese viene todos los días. Yo no le he visto nunca vender un periódico. Además, da la impresión de que ni siquiera intenta venderlos.

–Es un maniático –dijo el abuelito.

–Hay que respetar todas las creencias sinceras –dijo Ruiz, muy Import-Export.

–¡Lean *Là-Haut*! ¡Periódico publicado por la voluntad de Dios!

El fantasma de joven se alejaba, ofreciendo apenas su periódico. La gente le miraba, sin reacción ni expresión ninguna.

–Algún día buscarán con perros a los curas agazapados en estos matorrales –dijo Celestino.

–¡Si Dios quiere! –exclamó Ruiz, sarcástico.

–Una vez subí hasta la explanada donde está edificado ese monumento de barbarie. Junto a la iglesia hay largos muros blancos sin un solo hueco, como los muros de nuestros conventos, con la única diferencia de que son blancos y los nuestros son ocre. Uno se pregunta qué está ocurriendo detrás. Esas mujeres, o esos hombres, o esos niños prisioneros, esas Bastillas de la impostura dominando todo París, es algo que oprime el corazón.

Un levísimo soplo de aire movió imperceptiblemente algunas de las hojas ya casi abrasadas, y se desvaneció en seguida.

–¡Hace viento! –dijo el abuelito con inquietud–. ¡Ay, sí! ¡Hace viento! –dijo la abuelita–. Yo no me quedo aquí.

Se levantó. Los dos se marcharon.

–Antes de dejarte subiré a recogerme un momento en el Caballero de la Barra.

–¿El Caballero de la Barra?

–El caballero al que decapitaron y quemaron por haber mutilado un crucifijo.

–¡Ah, bueno! La rue Chevalier de la Barre.

–Está lejos –suspiró Celestino–. Pero iré, a pesar de todo –estaba a doscientos metros, pero todo está lejos relativamente–. Esa historia del caballero tiene un sabor muy nuestro, como la posada. Mutilar un crucifijo: ¿qué mutilación? La nuestra, digo yo. Y esa hoguera santa me

hace pensar en una cosa: en Francia, aquello ocurrió hace menos de doscientos años. Los tatarabuelos de estos parisienses pudieron haberlo visto.

—Pero a los parisienses les importa un bledo. Tú eres el único en Francia que se toma en serio la libertad de pensamiento. Tu laicismo es tan anacrónico como tu anarquismo. Ya conoces a los franceses: no tienen ninguna opinión, no forman ningún juicio; deciden, sencillamente, que «eso se hace» o que «está pasado de moda», y ya está todo dicho. Los masones se hacen enterrar por la Iglesia. Los religiosos se meten en todas partes. Ningún periódico publicará una sola palabra contra el Papa; ningún escritor, contra la Iglesia. No puedes decir una sola palabra contra el catolicismo sin que un ateo notorio te mire de arriba abajo y te ponga en tu sitio. Nadie «cree», pero todo el mundo hace como si creyera. ¿Por qué? Porque las revistas de mayor tirada hablan con entusiasmo de las curaciones milagrosas de Lourdes, y porque se supone que al hacer la señal de la Cruz se exorciza al comunismo.

—¡Por los pelos de mis piernas! pues seré el único, pero iré a recogerme al Caballero de la Barra. ¡Los franceses que hicieron la gran Revolución! Claro que ya lo dijo Bakunin: «Los franceses aman al Estado, pero no aman la libertad».

—Habla bajo. Sabes muy bien que debes de estar vigilado.

Al lado de ellos se había instalado una madre de uñas rojas, y daba el biberón a un chotito, su hijo. Un niño de piernas lampiñas, pero con los brazos cubiertos de pelos tan largos que hubiera podido hacerse trenzas con ellos o poco menos, se secaba de vez en cuando las manos sudorosas en el cabello.

Ruiz prosiguió:

—Tú nunca has comprendido nada de nada; precisamente por eso te hiciste anarquista. Sería mucho decir que no sabes hacia dónde vas, porque no vas a ninguna parte. Eres el símbolo viviente de la confusión mental, enfermedad característica de nuestro tiempo. Un retrasado ideológico, sí, eso es lo que eres: un retrasado ideológico. Está muy bien hablar de la estupidez de los americanos, pero habría que mirar un poco lo que es uno mismo. Tú no has razonado en toda tu vida, no matizas. Cuando no se razona ni se matiza, me pregunto qué es lo que queda. ¿Es verdad, sí o no, que los anarquistas, tus amigos, te dijeron

que si no cerrabas el pico te ajustarían las cuentas? ¿Y que desde aquel mismo día obtuviste el permiso para llevar un arma? El permiso, ¿de quién? ¡Del Estado! ¡Del odioso Estado!

–Yo no necesitaba permiso de nadie para... –empezó a decir débilmente Celestino.

–Si fueras capaz de comprometer algo, comprometerías a tu partido. Y nuestra guerra se perdió por culpa de hombres como tú. Siempre estás a vueltas con Don Quijote: Don Quijote es el primer anarquista; es incoherente y no hace más que lo que le da la gana; por eso casi siempre sale apaleado. Tú eres la caricatura de un hombre de izquierdas, igual que Don Quijote es la caricatura de un caballero andante.

Celestino abrió la boca para hablar. No salió ningún sonido. Ruiz prosiguió (Celestino notaba su mal aliento, en el que nunca se había fijado):

–Te digo que no puedes comprometer a nadie. Pero siempre estás provocando, y eso basta para exponerte. Si los americanos supieran lo que piensas de ellos, y si viniesen aquí, te detendrían. Si viniesen los comunistas, te fusilarían. Si el poder pasara a los curas, te asarían. Afortunadamente para ti, ya te morirás pronto. No tardes mucho, porque si no, volverás a encontrarte con los peligros de tus cuarenta y cinco años, pero esta vez unidos a la decrepitud de tu cuerpo y al reblandecimiento de tu mente, que te impedirán protegerte.

Don Celestino se levantó de golpe, como un hombre que hace un enorme esfuerzo, y se alejó con un paso tenso, rápido y mecánico: el paso de los que no sienten las piernas muy firmes. Aunque era de complejión seca, y además el calor de aquel día era seco, con la impresión le brotó del torso un reguero de sudor, que atravesó en un instante su chaleco de nylon.

¡Y era Ruiz, su amigo de veinte años, era Orselito –Orselito: le llamaba así, con la simpática costumbre de los diminutivos que tienen los españoles: el pequeño Orsel, o el pequeño de la rue d’Orsel– era Orselito quien le lanzaba aquel hatajo de insultos! Pero, ¿por qué había estado Ruiz tan agrio, tan agresivo casi desde el principio de la conversación? No lo comprendía. Como no fuera por esto: tres semanas antes, Celestino había creído adivinar que Ruiz pasaba apuros económicos después de una larga enfermedad y de una operación de su mujer; entonces Celestino le dio a entender, de un modo muy discreto, que si

le hacía falta, se ponía a su disposición... Ruiz rehusó, asegurando que nunca había estado en mejor situación que en aquel momento. Y, desde entonces, algo había cambiado en él. Estuvo más frío, se dejó ver menos, hasta volverse hoy claramente hostil.

Celestino trepó por la pendiente de los jardines. Iba hacia la rue Chevalier de la Barre, pero sin darse cuenta. Cuando lo pensó, ya no sintió ningún deseo de ir a «recogerse» en la calle del Caballero. Ruiz había apagado en él la llama de una lamparilla. Un retrasado ideológico. Tal vez fuera un retrasado ideológico. Tal vez fuera aquel un gesto de retrasado, ir a la rue Chevalier de la Barre. En fin, ya no tenía ganas de ir. Cuando llegó a lo alto de la plaza, se volvió en redondo y bajó otra vez por la rue Ronsard, en dirección sur.

No volvería a ver nunca la rue d'Orsel, porque nunca volvería a ver a Ruiz. Ya no vería más la Posada de la Sangre. Quizá era aquello lo que sentía, más que dejar de ver a Ruiz: echaría de menos los alrededores de la casa de Ruiz, y quizá también una costumbre.

Para charlar, para desahogarse, le quedaba Pineda. Porque a su hija todo le entraba por un oído y le salía por otro; no era más que indiferencia y ligereza, por lo menos en las cosas importantes. Pero Pineda escuchaba a Celestino, no le estaba siempre fastidiando, como Ruiz. Y era un hombre seguro. Marcial Pineda, con Ruiz y Moragas (su hombre de negocios), era el único español, o más bien la única persona que frecuentaba Celestino. No habría tenido ningún motivo para intimar con aquel joven –unos cuarenta años– decorador, soltero, ya que sentía un horror de anacoreta hacia todo lo que fuera arte, espectáculos, literatura, etc., a no ser por una especie de competencia general de Pineda, unida a una abnegación y a un carácter servicial poco frecuentes. Para todo, informaciones de orden práctico, político, intelectual y, si era necesario, para hacer alguna gestión, ya se sabía: «Se lo preguntaremos a Pineda». Celestino sólo conocía a Pineda desde hacía cinco años, pero aquellos cinco años valían por veinte de Ruiz, en pruebas de amistad activa. Si Ruiz tenía unas opiniones políticas tan mudables como el plumaje del faisán que era, Pineda, en cambio, daba la impresión de no tener realmente ninguna. Decía que cuando a un hombre le gusta su trabajo, no tiene tiempo de formarse una opinión política.

La parada de taxis frente a la plaza de Anvers estaba sin taxis. Únicamente un pequeño tiovivo, allí solito, daba vueltas vacío, silencioso

como la muerte. Cuando llegó un taxi, Celestino se lo cedió a una señora que había llegado después que él, porque a las señoras hay que cederles siempre el paso. Después llegó un negro, y cuando vino a alinearse el primer taxi volvió a retirarse, porque ceder el paso a los negros formaba parte de sus convicciones políticas. Luego llegó un matón de hombros cuadrados, y entonces se marchó de allí, porque no se sentía con fuerzas.

Por la calle del Delta salió al bulevar Magenta.

El bulevar Magenta seguía siendo igual a sí mismo: con sus mujeres barbudas, sus vecinos de Aulnay-sous-Bois, sus técnicos, sus luces rojas como traseros de monos, sus mercados repugnantes y malolientes, su iglesia tan imprevista, tan incongruente, plantada en medio de un mundo tan distinto de ella, que uno no puede imaginársela más que cerrada al culto. El hombre más genial del mundo se vería impotente para sacar una gota de literatura del bulevar Magenta.

El bulevar Magenta tampoco es un sitio donde resulte fácil pensar. Celestino, ocupado tan sólo en protegerse de los peatones y de los autos, no tuvo ningún pensamiento relacionado con Ruiz hasta que encontró refugio, un momento, tras la cristalera de una parada de autobuses. Allí pensó una cosa: Se dijo que ya no tendría que ir nunca más al bulevar Magenta, puesto que abandonaba a su viejo amigo; y se puso contento.

Al llegar a la vista de su calle de Lancry, pensó otra cosa que le rejuveneció de pronto, le enderezó el cuerpo y las piernas: había encontrado su venganza. Iba a pelearse con Pineda, con cualquier pretexto. Pineda pagaría por Ruiz.

El asfalto implacable se reflejaba en el cielo. Los árboles no movían ni una hoja, clavados a muerte sobre aquel cielo de asfalto.